

CAPÍTULO II

LUTERO EN LUCHA CON ENRIQUE VIII Y CON ERASMO

Como todos aquellos que inician grandes movimientos de renovacion religiosa, científica ó social, encontrábase Lutero entre dos polos, entre el polo de lo pasado y el polo de lo porvenir, que con sus fuerzas complicadas y con sus virtudes varias ora le atraian, ora le rechazaban, pero igualmente le combatian por encontrarse en una posicion media, y alejada de ambos opuestos extremos. La teología, el polo de lo pasado, herida de las negaciones luteranas, combatíale con fuerza, como tambien la ciencia, el polo de lo porvenir. Estaba en tal conflicto la filosofía personificada por el pensador de Holanda, Erasmo de Rotterdam; y la teología personificada por el Rey de Inglaterra, Enrique VIII. Amigo este de las discusiones científicas, dado á las controversias teológicas, escolástico en sus ideas y en sus aficiones, profundamente católico porque el Catolicismo representaba la estabilidad como la representaba tambien la monarquía, vió de mal ojo una revolucion, que comenzando por conmover las conciencias, podia concluir por derribar los tronos. Llevado, pues, de su doble fe política y teológica, encerróse Enrique VIII en su gabinete con los primeros teólogos de su tiempo, y decidió refutar los escritos de Lutero, que, á la sazón, así apasionaban los ánimos como encendian las inteligencias. Encolerizado hasta el fanatismo, deseoso de una síntesis teológica que compitiera con las mas profundas y mas célebres de los siglos medios, propúsose deliberadamente el monarca en la exaltacion de sus facultades intelectuales y morales defender los sacramentos de la Iglesia contra

los asaltos de la herejía. Parece que aun lo estamos viendo, tal como nos lo pintan los retratistas del tiempo, con su gorra de terciopelo negro, con su capa de blanco armiño, inclinado sobre una mesa cubierta de in-folios, trazando en vertiginosa celeridad cuantos silogismos se le podian ocurrir á favor de la fe antigua, que escudaba con sólido inquebrantable escudo su persona y su trono. Lo cierto es que el mundo católico se conmovió á la aparicion de tan inesperada y fuerte apología religiosa. Un monarca en la cima de la sociedad, entre los desvelos del gobierno; cuando los asuntos europeos tomaban gravedad capaz de aterrar al mas animoso, en la tierra de los parlamentos y de las discusiones parlamentarias, cambiaba el cetro por la pluma; y desde las vertiginosas alturas de su posicion excepcional entraba como el último doctor de las Universidades católicas, á combatir por la fe de sus padres con un monje audaz y deslenguado, bastante valeroso en las polémicas para desacatar al que en la tierra se imaginaba hechura y representacion de los cielos. Así los poetas escribieron versos en pro y en contra del coronado pensador; los teólogos alabaron su corazon y su entendimiento en ardentísimas apologías; y todos los escolares de Alemania tomaron parte ó por uno ó por otro de los dos colosales contendientes, en tales términos, que durante seis meses, ni las luchas políticas, ni los combates sangrientos, ni las amenazas del Gran Turco, ni las dificultades económicas y políticas en Europa embargaron la atencion como estos libros de un monje y de un monarca, empeñados en ardentísima polémica. Bien es verdad que ni el uno miró á su carácter sacerdotal ni el otro miró á su carácter régio para emplear en asuntos de tal trascendencia y en escritos de tal resonancia todos los dicterios soeces y todos los insultos feroces puestos en boga por las aficiones del Renacimiento. Nadie diría que Enrique VIII se acordaba del orador ilustre, del sabio insigne, del catedrático respetado, del teólogo eminentísimo á quien asestaba sus argumentos, como nadie diría que el monje se hallaba frente á frente de una de las testas coronadas mas sublimes y mas excelsas de Europa. La indignacion ebria de cólera, la gracia irreverente, el chiste soez, los dicharachos de plazuela y de taberna, los juramentos rústicos, los eruptos de hiel, pululaban por doquier en estas contiendas henchidas de soberbia y olvidadas por completo de todo cuanto se debe á la humana dignidad y al humano pensa-

miento. Mas maligno que todos los herejes, de peores instintos que el mismo demonio, saco de hiel, depósito de odio, víbora henchida de veneno, enemigo de todos los servidores de Cristo, peste de los ganados del Señor, serpiente amenazadora, burlador de las viejas tradiciones, blasfemo del nombre de Dios, lobo hambriento de carne, alma de barro, cerbero que trae del infierno las blasfemias hace siglos olvidadas, tal considera Enrique VIII al revolucionario Martin Lutero desde las alturas de su trono amenazado tambien por aquella titánica revolucion de la humana conciencia. No se diria que la cabeza del escritor estaba retenida, como por una argolla, por el peso de régia diadema, segun lo libremente que pensaba; ni la mano detenida por un cetro, segun lo ligera que sobre el papel corria. La maza de sus alabarderos no caia con tanta gravedad sobre el cráneo de los enemigos en los combates como la dialéctica de Enrique sobre la doctrina de Lutero en las polémicas. Parecia uno de esos que toman las plazas por asalto, y que ya dentro de ellas, las condenan á saco. La mirada, relampagueante de suyo, se encendia con ardor; la frente, de suyo arrugada, se fruncia con reflexiva meditacion; y los labios, vibrantes, se agitaban y palidecian de cólera; veníale al paladar toda la hiel de los hígados y fingiendo en su vivaz fantasía que Lutero estaba en su presencia, solia tratarle como trataba Lutero al mismo demonio, cuando se le aparecia en sus sueños magnéticos, y solia decirle que de ser él en persona y no su sombra, de buen grado le metiera los argumentos y racionios en el pecho con la fina punta de su espada. En su furor se enloquece por no poder tenerlo á mano, pues, si pudiera, lanzaría todos sus verdugos para que lo cogieran y lo despedazaran. Comprendiendo naturalmente que á las innovaciones religiosas habian de seguir pronto las innovaciones políticas, parapétase tras el argumento de la prescripcion adquirida y sancionada por el tiempo; y le dice que, si la pena de muerte consta en el Deuteronomio pronunciada contra todo espíritu rebelde, otra pena mayor mereceria quien, como Lutero, desacataba la suprema autoridad descendida del cielo y la suprema justicia revelada por Dios. Para él todo cuanto se pierde por antiguo en la oscura noche de los tiempos tiene una virtud casi divina, porque participa de las sobrenaturales sombras del misterio. ¿Por quién toma Lutero, dice, á las gentes, predicándoles que el Pontificado ha provenido del despotismo, como

si un pobre viejo, inerme y sin ejército, con las Catacumbas por todo campo de batalla, con el Evangelio por todo escudo y defensa, pudiera erigir un trono espiritual sobre el trono de los Césares? Despues de esto combate los argumentos del revolucionario contra la Misa y el principio de que todo hombre, sin necesidad de los privilegios traídos por la consagracion sacerdotal, puede ligar y desligar en la tierra, seguro de que Dios ligará y desligará en el cielo, como si cada conciencia fuese un Pontificado. Lo que mas indigna, en este momento, al Rey de Inglaterra, es que todas las autoridades antiguas, todos los doctores consagrados por los siglos, todos los santos ceñidos de una beatitud perfecta, caigan para muchos entendimientos extraviados, porque ha querido en su insensatez dirigirles golpes ese pedanton, despreciador de cuanto no sea él mismo, en quien solo se ve un desvergonzado sofista, que se decide por la fe si le hablan á la razon y por la razon si le hablan á la fe; sin mas título ni mas mérito que el repetir enfáticamente en cenáculo de ignaros discípulos todo lo que dijeron cuatro innovadores sin seso, de sobra contestados por las doctrinas de los Padres y por la autoridad de la Iglesia.

Quien conociera la complexion de Lutero conoceria cuán pronto se encontraba en todo tiempo á la propia defensa y con qué facilidad la convertia en ataque, dando cien golpes mortales por cada uno que recibia. Toda polémica le tentaba y le atraia. Cuánto mas no podria tentarle y atraerle ahora, esta polémica empeñada con un argumentador coronado, que contaba para su defensa con dos ejércitos, uno de militares y otro de verdugos. Enrique le habia tratado á él, tan orgulloso, cual pudiera tratar á un doctrino. Llamábale con menosprecio un tanto de la conveniencia social y de las leyes humanas, en latin poco clásico, *doctorculus*, *sanctulus*, *eruditulus*, diminutivos que le denigraban mas que todos los insultos. Así, arremangándose como un carnicero que coge su víctima para sacrificarla, y requiriendo la pluma como si requiriera un puñal, parece resuelto, no á una discusion de ideas, no á una disputa de argumentos, á una guerra de navaja, como decia con razon Tomás Moro. Si á sus demás contradictores les echaba el barro de sus sandalias, á Enrique VIII le echó el excremento de su vientre. Para él no ha dictado este libro en persona el Rey, que, no por gracia, sino por desgracia de Dios, reina en

Inglaterra; lo ha dictado cualquier cerdo del rebaño tomista; pero puesto que ha recogido bajo su régio manto las mentiras de todos, no debe extrañar que alguno le llame á boca llena embustero. Creido de que su dignidad real podia darle derecho á cualquier atrevimiento, ha tratado de descabezar á un pobre monje, y despues de descabezado, ha querido entregar sin fama ni honra, desnudo y amoratado, su pobre tronco á las inextinguibles risotadas de la historia. Todo su argumento capital á favor de la Iglesia católica estriba en la vejez de esta, como si teniendo que adorar las cosas viejas, no debiéramos comenzar por el diablo, cien veces mas viejo que la Iglesia. Atrevido es copiar algunas palabras de esta polémica; pero si las omitiéramos, desconoceríase el carácter que tomaban en aquel siglo y el humor que tenían aquellos hombres. Al concluir su polémica dice estas palabras explicando el propósito de acabar con ella: «Deseo dejarla un momento en reposo, porque tengo sobre mis hombros la traduccion de la Biblia, sin contar otras muchas ocupaciones que no me permiten revolcarme por mas tiempo en la mierda de Su Majestad.» Y mas abajo: «Vedlo: miente á la faz del cielo, y con el rostro levantado, vomita veneno como una prostituta encolerizada; con lo cual demuestra que no tiene ni una gota de noble sangre en sus venas. Valor, valor contra mí, grandísimo cerdo.» Y lo mas extraño del caso y lo que mas demuestra el encallecimiento de la conciencia pública en aquellos siglos férreos es que tras haber dicho esto, y al concluirlo, se alaba el monje á sí mismo de templadísimo y de dulce.

Tal libro se escribe en el electorado de Sajonia, se publica en pleno dia y á miles de ejemplares, se vende en la feria de Francfort, se reparte entre todos los estudiantes de Alemania que lo celebran á porfía, pasa los mares como si lo llevaran las alas de los vientos, entra en la corte de los reyes; y ninguno de los potentados comprende que este primer clamor de la palabra humana contra la autoridad secular ha de arrojarlos tarde ó temprano por tierra, y ha de subirlos, si no á ellos, á sus herederos y descendientes, desde las cimas de un trono á las cimas de un cadalso. Enrique, mas previsior ó mas herido, escribe elocuente carta al Elector de Sajonia, quejándose de los tratos de Lutero; y el Elector, al contestarle, háblale de todo, hasta de la celebracion de un Concilio, menos de los insultos dirigidos á su real persona por el atre-

vidísimo fraile. Y cuenta que, á la hora misma de escribir Lutero contra el Rey de Inglaterra, este acababa de quitarse la máscara que tenia puesta frente al Rey de Francia, uniéndose con descaro al Emperador de Alemania, para ayudarle en su invasion del territorio francés y en su reconquista de Borgoña.

El célebre Tomás Moro intentó defender al Rey británico de los ataques luteranos; pero, en vez de emplear el propio estilo y de zaherir con gravedad los insultos soeces, imitó la manera propia y natural del monje, sin poder de ninguna suerte, no ya alcanzarla, pero ni siquiera desde léjos seguirla. En Lutero, como en Aristófanés, como en Luciano, como en Hutten, como en Rabelais, brota la gracia naturalmente y quita hasta cierto punto su hedor á la indecencia. Pero, en los que quieren imitar su manera careciendo por completo de su ingenio, queda siempre lo defectuoso que hay en el modelo, y no queda lo feliz y perfecto, porque á la imitacion, falta de toda espontaneidad, le es fácil copiar lo imperfecto é imposible llegar á esas perfecciones secretas reservadas al genio. Para zaherirle da Tomás Moro de mano á la razon altísima que dirige su espíritu, á la lógica que lo disciplina, á la natural elevacion de sus ideas y acude tristemente al mismo estilo de campesino ebrio y á los mismos votos y juramentos de tercería, de burdel y de taberna que Lutero emplea con largueza; pero que Lutero mitiga con arte en las preciosidades increíbles de su genio y en las abundancias inacabables de su gracia. Siéntese desde luego, en cuanto uno saluda los escritos del Canciller de Inglaterra, que ha bajado desde las alturas de un talento purísimo á las cloacas de la historia universal, para encontrar en ella cuatro insultos groseros, que huelen á verdaderas sandeces. Preséntanos, pues, al reformador en ahumada taberna germánica, circuido de compañeros ebrios y caballeros en toneles vacíos, con la copa de cerveza en frente que despide amarillas espumas, consultando su diccionario de injurias y de insultos para denostar al Rey de Inglaterra, y despues de haberlo agotado, expidiendo los suyos para que vayan como los enjambres de abejas sobre las flores á los callejones, á los basureros, á las barberías, á los garitos, á los comunes, á los burdeles, y trayendo la sustancia excrementicia de todos estos lugares inmundos, la depositen á una sobre la cloaca máxima llamada boca de Lutero con el fin de